

1835

Montereau, 26 de julio, á las 6 y media de la tarde.

Buenos días, ángel mío. Buenos días, Adela mía. ¿Cómo te ha ido el viaje? Supongo has llegado ya, y qué estarás algo descansada mientras escribo. Oye á qué punto estoy yo.

Partí á las siete de la mañana de ayer con el vaporcito, y llegué á Montereau á las siete de la tarde. Y aquí sigo á la hora en que te escribo, muy contrariado por no encontrar coche, y sin saber aún en este momento si partiré dentro una hora para Sens en la diligencia, ó mañana á primera hora en cabriolé para Provins. Por Sens, la vuelta es mucho mayor; pero veré Troyes y Chalons-sur-Marne. En el otro caso, pasaré por Provins, Coulommiers y Château-Thierry. Tengo que habérmelas con ciertos malvados alquiladores de coches que hacen todo lo posible por explotarme. Pero me defiendo.

¿Y tú piensas en tu pobre esposo? ¿Cómo va nuestra Didina? Bésala mil veces por mí. Da un apretón de manos de mi parte á tu excelente padre. Ayer mañana me separé de nuestros queridos niños, que dormían, y los besé muchas veces por entrambos. *Totó* pasó la noche conmigo, durmiendo completamente

desnudo á mi lado. Cuando le dejé estaba encantador.

Hasta luego. Escíbeme, y yo te escribiré en el primer sitio en que me detenga. Mientras tanto, recibe un abrazo. Te amo mucho, Adela mía.

Muchos afectos á Pavie y á su hermano. Les quiero á los dos, como tú sabes.

Coulommiers, 28 de julio, á medio día.

Estoy en Coulommiers, Adela mía, desde ayer tarde. Es una villa muy insignificante, con una iglesia tal cual, algunas ojivas y una torre barroca. Los alrededores parecen bonitos. Está situada en una hondonada llena de arboledas.

He visto ya Montereau, desde donde te escribí, Bray y Provins. Montereau es una villa muy pintoresca, asentada en una especie de Y que forma la confluencia del Yonne y del Sena. Esto produce un puente torcido, desde donde se divisa deliciosamente la iglesia. Por aquel puente han pasado mucha diversidad de hombres, desde Juan sin Miedo hasta Napoleón.

He visitado, en la montaña que domina el puente, el lugar donde Napoleón apuntó él mismo el cañón en 1814. Allí he cogido una flor de adelfa. Pues, actualmente, es un jardín de recreo. La vista desde allí es hermosa. La inmensa Y de los dos ríos se desenvuelve ampliamente en un magnífico paisaje.

En Bray, un pueblo hediondo, he escrito esta cuarteta, al despertarme, en la pared de la posada:

Au diable, auberge immonde, Hôtel de la punaise!
Où la peau le matin se couvre de rougeurs,
Où la cuisine pue, où l'on dort mal à l'aise,
Où l'on entend chanter les commis voyageurs (1).

(1) ¡Al diablo, inmundo albergue, Hotel de los chinches!—Donde al amanecer la piel se cubre de ronchas,—Donde la cocina apesta, donde se duerme mal,—Donde se oye cantar á los viajantes de comercio.

(Mientras te estoy escribiendo, entra un gracioso polluelo que va picoteando no sé qué á mis pies en un rayo de sol).

En cuanto á Provins, es distinto, no el albergue, sino la villa. Hay cuatro iglesias, una puerta de villa muy hermosa, una atalaya con cuatro torrecillas en contraportes, y un recinto de murallas y torres arruinadas, todo distribuído del modo más agradable en dos colinas cubiertas hasta mitad de su altura de frondosas arboledas. Cuenta, además, con muchas casas antiguas bastante pintorescas. He dibujado el castillo que te enseñaré luego. Lo he visitado y me servirá de mucho.

Apenas me queda espacio para decirte que quiero que te distraigas, que pienses en mí y que me ames. Hoy es día de dicha para nuestro excelente Pavie. Le deseo una esposa como tú. Si es así, puede dar gracias á Dios.

Toma un beso, y otro, lo mismo que nuestra Dídina. Me voy á almorzar. Dentro de media hora parto para Château-Thierry.

Te amo, Adela mía.

V

La Fère, 1.º de agosto, á medio día.

Estoy pensando, con regocijo, que dentro de dos días, Adela mía, tendré noticias tuyas en Abbeville. Espero que te habrás divertido, que habrás encontrado á nuestros excelentes amigos más buenos que nunca. Por mi parte, he encontrado los albergues más execrables que en tiempo alguno y que en ningún país hasta hoy.

Yo viajo casi al azar, andando á veces grandes trechos á pie y encontrando difícilmente coches. Andando, andando, veo cosas admirables, lo que me consuela. He visto Château-Thierry y la casa de La Fontaine, que está en venta. Un viejo presidente llamado Tribert, que vive en ella, me ha hecho los honores de la casa.

En Soissons, he visitado las ruinas de San Juan con la familia del comandante de artillería M. de Bonneau. Familia amable y muy hospitalaria.

A dos leguas de Soissons, en un delicioso valle apartado de todos los caminos, hay un admirable castillejo del siglo xv, perfectamente habitable todavía. Se denomina Septmonts. He rogado á M. de Bonneau que me avisara si se le ocurriera vender alguna vez ese castillo en unos diez mil francos. Te lo compraría, Adela. Es la morada más deliciosa que puedas figurarte. Una antigua quinta de recreo de los obispos de Soissons.

No puedes figurarte la belleza del valle de Soissons cuando se asciende de la cuesta hacia Coucy, la cual he subido andando hacia atrás; tan hermosa es. Los

dos calados chapiteles de San Juan, la catedral, la villa llena de torres antiguas y de fachadas esculpidas, sus soberbios horizontes verdes y azules, un bonito río que se anuda y se desanuda en todas las revueltas del paisaje, ¡imagina tú! Te hubiera deseado conmigo, ángel mío; pero habría compadecido á tus pobres pies, obligados á andar cuatro leguas de montes entre guijarros hasta Coucy.

Renuncio á pintarte Coucy. Ya te lo diré de palabra. Es una villa de la Edad media puesta encima de la colina, casi intacta, con una admirable atalaya en pie, como la uña en la punta del dedo. Todo esto en una llanura magnífica, cortada de arrozales, de sendas amarillas, de riachuelos y de caminos bordeados de manzanos bajos que peinan las carretas de heno á su paso.

De Coucy á Laón hay un señor Coutoul que mixtifica á los viajeros con una especie de torre ficticia de estilo gótico de relojero, oculta entre los árboles, la que me ha costado treinta sueldos (1) como propina al lacayo que me la ha enseñado. ¡Lléveselo el diablo!

He salido de Laón esta mañana, antigua ciudad con una catedral, que es otra ciudad, dentro; una inmensa catedral que debía tener seis torres y que sólo tiene cuatro, cuatro torres casi bizantinas caladas como chapiteles del siglo xvi. Todo es hermoso en Laón, las iglesias, las casas, los alrededores, todo, excepto el horrible albergue de *La cabeza de jabalí*, donde he dormido y en cuya pared he escrito esta corta despedida:

AL HUÉSPED DE «LA CABEZA DE JABALÍ»

Vendeur de fricot frelaté,
Hôtelier chez qui se fricasse

(1) Un franco con cincuenta céntimos.

L'ordure avec la saleté,
Gargotier chez qui l'on ramasse
Soupe maigre et vasseille grasse
Et tous les poux de la cité,
Ton auberge comme ta face
Est hure pour la bonne grace
Et grouin pour la propreté (1).

Hay que advertir que el huésped se pasa de insolente. Os da á comer pollos tísicos y aun se os ríe á las barbas, el desvergonzado.

Ahora me tienes en la Fère y te escribo esperando un almuerzo tal cual que voy á compartir con tres caras estúpidas y aldeanas. En las paredes del albergue se ven pintadas algunas escenas de caza. He observado que esto es de mal augurio. Quiere decir que no hay más caza que la pintada.

Esta carta, Adela mía, creo que te parecerá suficientemente larga. Yo cuento también que me escribas largo y tendido, con descripciones de cuanto te suceda, de cuanto ves, de cuanto haces. La vez próxima escribiré á nuestra querida Muñeca. Mientras tanto esperaré que me escriba. Da un apretón de manos á tu buen padre, que se habrá repuesto en su Bretaña, y á quien quiero como tú sabes.

Adiós, ángel mío, me llaman para almorzar. Tengo apenas tiempo de cerrar esta carta. Mil afectos á nuestros amigos. Diles cuánto les quiero desde el fondo de mi corazón.

Y á ti más que á nadie, Adela mía.

V.

(1) Vendedor de guisos adulterados.—Huésped en cuya casa se adereza.—La basura con la porquería.—Bodegonero en casa del cual se toma.—Sopa magra y vajilla grasa.—Y todos los piojos de la ciudad.—¡Tu albergue, como tu cara.—Es cabeza de puerco por la amabilidad—Y cochino por la limpieza!

Parto para San Quintín, á donde llegaré esta tarde. ¡Cuánto me gustaría veros á ti y á nuestros pequeños!

Amiens, 3 de agosto.

Dirijo esta carta á Angers con alguna incertidumbre de que te encuentre, Adela mía; no obstante, calculo que estará en Angers á las seis y que tú no partirás hasta las siete poco más ó menos. Estoy en Amiens, mañana estaré en Abbeville, y encontraré cartas tuyas, de las que estoy sediento.

Desde mi última he visto San Quintín, donde sólo hay una bonita casa de la villa y una linda fachada de madera esculpida en 1598; y Peronne, donde he dibujado la torre comunal. Y ya estoy en Amiens, cuya catedral va á tenerme ocupado todo el día. Es una maravilla.

¿Dónde estás esta noche? ¿Qué haces? ¿Cómo sigues? ¿Qué fresca voy á encontrarte, verdad? Necesito tus sonrisas.

Tú volverás á ver á nuestros pequeños antes que yo; bésales mil veces por mí; ya sabes cuánto les quiero, y que después de ti son ellos.

Espero que tu padre habrá gozado de buena salud durante este corto viaje. Abrázale de mi parte, lo mismo que á nuestra Didineta, á quien escribo.

Hasta muy pronto, Adela mía. Del 15 al 20 cuento estar en París. De aquí á entonces piensa en mí.

¡Mañana, Abbeville y tus cartas!

V.

He escrito desde Coulommiers á la señorita Luisa. Mis más tiernos afectos á nuestros amigos de Angers.

Desde el Treport, 6 de agosto.

Ayer experimenté gozo y pena, amada esposa; gozo de recibir tu carta y pena de no recibir más que una. Pero al fin sé que has llegado á buen puerto; igual que Didina, que me ha escrito una agradable cartita y á quien besarás por mí. Me sabe mal que el viaje haya fatigado á tu padre. Dile que se cuide mucho al regreso. Apenas escrita esta palabra, pienso que llegará algo tarde y que seguramente á estas horas estaréis camino de París. Esto es lo que me determina á dirigirte allí esta carta.

Yo he permanecido cerca de veinticuatro horas en Abbeville. Estaba algo cansado á consecuencia de unas veinte leguas hechas á pie recorriendo los castillos durante ocho días, con lo que esperaba dar tiempo á que llegaran más cartas tuyas. Por dos veces he ido á correos; nada. No te riño por ello, pobre amada mía, ya sé que lo has hecho para bien. En Abbeville he recibido, por mediación de Martina, buenas noticias de nuestros queridos hijos.

He visto las ruinas de Corbie, dos hermosas torres y algunos circuitos muy firmemente trazados todavía; las de Boves, un gran torreón medio derrumbado; las de Picquigny, algunos lienzos de muralla únicamente.

Nuestra Señora de Amiens es una obra maestra prodigiosa. Allí encontré al imbécil de José Bara, como se encontraría una pulga sobre Venus.

San Wulfrand d'Abbeville tiene una portada que es una confusa mezcla de maravillosos detallitos. La villa es antigua con casas pintadas que me han recordado Burgos; por ello únicamente, se entiende.

Ayer vi la villa de Eu. El castillo es interesante y curioso, aunque raspado, limpiado y estropeado por las recientes restauraciones. Visité en el colegio las tumbas de Balafré y de su mujer, dos obras maestras del siglo xvi, y en la cripta de la iglesia las tumbas de los condes de Eu y de Artois. Allí fui muy vigilado por dos gendarmes, de quienes me reí en sus propias barbas.

Por la tarde me vine al Treport, no pudiendo resignarme á dormir tan cerca del mar sin tenerla en la suela de mis zapatos. Ahora estoy contento, pues viene á murmurar al pie de mi ventana.

El mar es una gran cosa, Adela mía. Un día tendremos que verlo juntos.

Toda la noche me he paseado por la playa. ¡Oh! Allí se sienten estremecimientos de ala. Si no tuviera mi nido en París, me lanzaría.

Peró tú estás ahí, y me quedo, y mientras estés ahí, ángel mío, me quedaré. Estoy preso por toda la vida, pero adoro la jaula en que tú estás.

No sé si el deseo de ver el mar por más tiempo me decidirá á ir á Caén en lugar de ir á Ruán. En todo caso, escíbeme á Mantes, lista de correos. Me será fácil hacer que me manden las cartas desde allí, si no voy á buscarlas yo mismo.

Escribo á Boulanger, y te envío la carta bajo este mismo pliego. Hazla llegar á sus manos. También te incluyo para los pequeños algunas cartitas, que les entregarás con tantos besos como palabras contienen.

Hasta pronto, Adela mía. Mi mayor placer será abrazarte.

Tu VÍCTOR

Mil afectos á la baronesa Martina. Muchos recuerdos á todos cuantos se acuerden de nosotros. ¿Cómo está el bueno de Nanteuil á quien dejé enfermo?

A LOUIS BOULANGER

El Treport.

Estoy á la orilla del mar, Luis; una gran cosa que me ha hecho pensar siempre en vos. Por otra parte, bien sabemos que somos dos hermanos.

Quisiera que estuviérais aquí; en primer lugar porque estaríais á mi lado, y luego porque estaríais junto al mar. Nosotros tenemos un no sé qué de simpático con el mar. Él remueve en nosotros abismos de poesía. Cuando nos paseamos por la playa, sentimos que hay Océanos lo mismo bajo un cráneo que bajo el cielo.

Llegué ayer tarde. Al llegar visité la iglesia, que está como encima la techumbre del pueblo. Súbese á ella por una escalera. Nada tan agradable como esa iglesia que se yergue para dejarse ver de lejos á los marineros en el mar y para decirles: estoy aquí. Me gusta mucho ver un marinero en una iglesia (había uno en la iglesia del Treport). Se comprende que esos hombres sobre quienes pesa constantemente el mar vayan á buscar allí el único contrapeso posible. ¡Triste cosa es pensar á orillas del Océano en una carta constitucional y en una Cámara de diputados!

En suma; yo he sentido que el arte se sostenía en toda su grandeza. Amigo, no hay más que esto: Dios, que se refleja en la naturaleza, y la naturaleza, que se refleja en el arte.

Al anochecer he ido á pasearme por la orilla del